



Me gusta la informática.

En efecto, Luis exclama “¡Me gusta la informática!” Si nos *ponemos*, de nuevo, *en el lugar* de Luis podremos valorar la importancia de este momento. Luis, después de tanto tiempo, recupera un interés personal y útil muy por encima de las consecuencias de su enfermedad. Su esfuerzo personal, la intervención de los profesionales, el moldeado de algunos de sus hábitos y habilidades, han logrado sus frutos. Sobre todo, parece que Luis recupera su confianza en las propias posibilidades. Nadie se lo ha dicho con palabras para fortalecer su autoestima; él mismo ha comprobado su eficacia frente a un ordenador. La acción, el esfuerzo cotidiano, la evidencia de un trabajo bien hecho, han conseguido que Luis ya nunca vuelva a pensar que “no sirve para nada”. Esa sensación íntima supone un significativo aporte rehabilitador. Por eso, más allá de la teoría, más allá de las palabras, vemos en la acción una herramienta rehabilitadora de primer orden, y en su positiva influencia sobre el curso de la enfermedad, un indudable valor *terapéutico*.

A este descubrimiento personal (“me gusta la informática”, que es tanto como decir, en el caso de Luis, como vimos en la viñeta anterior, “sirvo para la informática”) hay que añadir otros beneficios consecuencia de la “acción” desplegada en el Taller Laboral del centro. Hagamos un breve recuento de estos beneficios:

Luis ha conocido a Rosa, Carmen, Carlos, y otros compañeros, que se esfuerzan y afrontan con empeño y constancia las consecuencias de su enfermedad. Eso ha supuesto para Luis una fuente de estímulo. “Si ellos pueden hacerlo...” Y además, Luis ha establecido con ellos un lazo invisible que tiene que ver con compartir una misma dificultad y los medios para solucionarla. Eso ha podido sentirlo, sobre todo, con su compañera Rosa. Cuando Luis comenzó en el Taller, Rosa ya era una trabajadora veterana. Nada hacía suponer que aquella joven pudiera tener un tipo de trastorno como el suyo. Rosa siempre parecía de buen humor, y era cordial y amable con sus compañeros. Las primeras nociones de informática se las dio el Jefe de Taller, pero luego fue Rosa la que dedicaba un rato todos los días para enseñarle cosas más complicadas. ¡Era admirable el conocimiento que tenía Rosa sobre el mundo de la informática! A ella le gustaban sobre todo los programas de Ofimática. A Luis, sin embargo, le gustaban más los programas de diseño gráfico y los que sirven para crear páginas Web. Su relación con Rosa era tan agradable que muchos días aprovechaban para ir a tomar algo o quedaban los fines de semana. Rosa formaba parte de ese “*estar en el mundo*” del que hablábamos en las viñetas 60 y 61.

El mundo, la ciudad, tiene una gran ventaja: está lleno de personas. Y las personas nos son tan necesarias como el aire que respiramos. Trabajar está muy bien, y que nuestro trabajo nos ayude a generar un proyecto de vida es esencial. Pero las personas, los otros, son también un proyecto, una expectativa, y sin su concurso ninguna vida puede aspirar a ser una vida plena. Rosa, Carlos, Carmen, son compañeros de Luis; La relación con Rosa ha dado un paso más, y ya se consideran ambos amigos. La amistad es también un bonito edificio que se construye poco a poco y que se proyecta hacia el futuro.

Los domingos por la noche, mientras intenta conciliar el sueño, Luis piensa en el trabajo que tendrá que hacer al día siguiente en el taller laboral, si logrará por fin entender del todo la diferencia entre un archivo de sistema, un archivo de trabajo, y un archivo final. Pero también piensa en Rosa. Rosa se ha convertido en una referencia para Luis: Si Rosa ha conseguido sobreponerse a su



*Me gusta la informática.*

enfermedad, él también podría conseguirlo o aspirar, al menos, a *encontrarse* tan bien como ella. La esperanza de Luis se construía también gracias a Rosa. También pensaba en Carlos, y en Carmen, sus compañeros de trabajo. Los sueños de Luis son ahora sueños sobre el mundo

© José Colis, Virginia Galilea